

que toca á lo público y universal de este reino va también por la misma manera. Porque agora, y quanto durare la sucesion de estos siglos, reina en el mundo Cristo con contradiccion, porque unos le obedecen y otros se le rebelan, y con los sujetos es dulce, y con los rebeldes y contradiccion tiene guerra perpétua. Por medio de la cual, y segun las secretas y no comprehensibles formas de su infinita providencia y poder, los ha ido y va deshaciendo.

»Primero, como decia, derrocando las cabezas, que son los demonios, que en contradiccion de Dios y de Cristo, se habian levantado con el señorío de todos los hombres, sujetándolos á sus vicios é ídolos. Así que, primero derrueca á estos, que son como los caudillos de toda la infidelidad y maldad, como lo vimos en los siglos pasados, y agora en el nuevo mundo lo vemos. Porque sola la predicacion del Evangelio, que es decir la virtud y la palabra de solo Cristo, es lo que siempre ha deshecho la adoracion de los ídolos. Pues derrocados estos, lo segundo á los hombres, que son sus miembros dellos, digo, á los hombres que siguen su voz y opinion, y que son en las costumbres y condiciones como otros demonios, los vence tambien, ó reduciéndolos á la verdad, ó si perseveran en la mentira duros, quebrándolos y quitándolos del mundo y de la memoria. Así ha ido siempre desde su principio el Evangelio, y como el sol, que moviéndose siempre y enviando siempre su luz, cuando amanece á los unos, á los otros se pone; así el Evangelio y la predicacion de la doctrina de Cristo, andando siempre y corriendo de unas gentes á otras, y pasando por todas, y amaneciendo á las unas, y dejando las que alumbraba antes en oscuridad, va levantando fieles y derrocando imperios, ganando escogidos y asolando los que no son ya de provecho ni fruto.

»Y si permite que algunos reinos infieles crezcan en señorío y poder, hácelo para por su medio dellos traer á perfeccion las piedras que edifican su Iglesia; y así, aun cuando estos vencen, él vence y vencerá siempre, é irá por esta manera de continuo añadiendo nuevas victorias, hasta que cumpliéndose el número determinado de los que tiene señalados para su reino, todo lo demás, como á desaprovechado é inútil, vencido ya y convencido por sí, lo encadene en el abismo, donde no parezca sin fin; que será cuando tuviere fin este siglo, y entonces tendrá principio el segundo estado deste gran reino, en el cual desechadas y olvidadas las armas, solo se tratará de descanso y de triunfo, y los buenos serán puestos en la posesion de la tierra y del cielo, y reinará Dios en ellos solo y sin término, que será estado mucho mas feliz y glorioso de lo que ni hablar ni pensar se puede, y del uno y del otro estado escribió san Pablo maravillosamente, aunque con breves palabras. Dice á los de Corinto (a): — Conviene que reine él hasta que ponga á todos sus enemigos debajo de sus piés, y á la postre de todos será destruida la muerte enemiga. Porque todo lo sujetó á sus piés, mas cuando dice que todo le está sujeto, sin duda se entiende todo, excepto aquel que lo sujetó. Pues cuando todo le estuviere sujeto, entonces el mismo hijo estará sujeto á

(a) 1. Corint., 15, v. 25.

aquel que le sujetó á él todas las cosas, para que Dios sea en todos todas las cosas. —

»Dice que conviene que reine Cristo hasta que ponga debajo de sus piés á sus enemigos y hasta que deje en vacío á todos los demás señoríos; y quiere decir que conviene que el reino de Cristo en el estado que decimos de guerra y de contradiccion dure hasta que, habiéndolo sujetado todo, alcance entera victoria de todo, y dice que cuando hubiere vencido á lo demás, lo postrero de todo vencerá á la muerte, último enemigo; porque, cerrados los siglos y deshechos todos los rebeldes, dará fin á la corrupcion y á la mudanza, y resucitará los suyos gloriosos para mas no morir, y con esto se acabará el primer estado de su reino de guerra, y nacerá la vida y la gloria, y lleno de despojos y de vencimientos, presentará su Iglesia á su Padre, que reinará en ella juntamente con su Hijo en felicidad sempiterna. Y dice que entonces, esto es, en aquel estado segundo, será Dios en todos todas las cosas, por dos razones. Una porque todos los hombres y todas las partes y sentidos é inclinaciones que en cada uno dellos hay, le estarán obedientes y sujetos, y reinará en ellos la ley de Dios sin contienda, que, como vemos en la oracion que el Señor nos enseña, estas dos cosas andan juntas ó casi son una misma, el reinar Dios y el cumplir nosotros su voluntad y su ley enteramente, así como se cumple en el cielo. Y la otra razon es porque será Dios entonces él solo y por sí para su reino, todo aquello que á su reino fuere necesario y provechoso. Porque él les será el príncipe y el corregidor, y el secretario y el consejero, y todo lo que agora se gobierna por diferentes ministros, él por sí solo lo administrará con los suyos, y él mismo les será la riqueza y el dador della, el descanso, el deleite, la vida.

»Y como Platon dice del oficio del rey, que ha de ser de pastor, así como llama Homero á los reyes, porque ha de ser para sus súbditos todo, como el pastor para sus ovejas lo es; porque él las apacienta y las guía y las cura y las lava y las resquila y las recrea. Así Dios será entonces con su dichoso ganado muy mas perfecto pastor, ó será alma en el cuerpo de su Iglesia querida, porque junto entonces y enlazado con ella, y metido por toda ella por manera maravillosa hasta lo íntimo, así como agora por nuestra alma sentimos, así en cierta manera entonces verémos y sentiremos y entenderémos, y nos moverémos por Dios, y Dios echará rayos de sí por todos nuestros sentidos, y nos resplandecerá por los rostros. Y como en el hierro encendido no se ve sino fuego, así lo que es hombre casi no será sino Dios, que con su Cristo reinará enseñoreado perfectamente de todos. De cuyo reino ó de la felicidad deste su estado postrero ¿qué podemos mejor decir que lo que dice el Profeta (b)? — Di alabanzas, hija de Sion; gózate con júbilo, Israel; alégrate y regocijate de todo tu corazón, hija de Jerusalem; que el Señor dió fin á tu castigo, apartó de tí su azote, retiró tus enemigos el Rey de Israel. El Señor en medio de tí, no temerás mal de aquí adelante. — O como otro profeta le dijo (c): — No sonará ya de allí adelante en tu tierra maldad ni injusticia, ni asolamiento ni destruicion en

(b) Sophon., 3, v. 14. (c) Esai., 60, v. 18.

tus términos; la salud se enseñoreará por tus muros, y en las puertas tuyas sonará voz de loor. No te servirás de allí adelante del sol para que te alumbré en el día, ni el resplandor de la luna será tu lumbre; mas el Señor mismo te valdrá por sol sempiterno y será tu gloria y tu hermosura tu Dios. No se pondrá tu sol jamás ni tu luna se amenguará, porque el Señor será tu luz perpétua, que ya se fenecieron de tu lloro los días. Tu pueblo todo serán justos todos, heredarán la tierra sin fin, que son fruto de mis posturas, obra de mis manos para honra gloriosa. El menor valdrá por mil, y el pequeño mas que una gente fortísima, que yo soy el Señor, y en su tiempo yo lo haré en un momento. — Y en otro lugar (a): — Serán allí en olvido puestas las congojas primeras, y ellas se les esconderán de los ojos. Porque yo criaré nuevos cielos y nueva tierra, y los pasados no serán remembrados ni subirán á las mentes. Porque yo criaré á Jerusalem regocijo, y alegría á su pueblo, y me regocijaré yo en Jerusalem, y en mi pueblo me gozaré. Voz de lloro ni voz lamentable de llanto no será ya allí mas oída, ni habrá mas en ella niño en días ni anciano que no cumpla sus años, porque el de cien años, mozo perecerá, y el que de cien años pecador fuere será maldito. Edificarán y morarán, plantarán viñas y comerán de sus frutos. No edificarán y morarán otros, no plantarán y será de otro comido. Porque conforme á los días del árbol de vida, será el tiempo del vivir de mi pueblo. Las obras de sus manos se envejecerán por mil siglos. Mis escogidos no trabajarán en vano ni engendrarán para turbacion y tristeza. Porque ellos son generaciones de los benditos de Dios, y es lo que dellos nace, cual ellos. Y será que antes que levanten la voz, admiraré su pedido, y en el menear de la lengua yo los oiré. El lobo y el cordero serán apacentados como uno, el leon comerá heno así como el buey, y polvo será su pan de la sierpe. No maleficarán, no contaminarán, dice el Señor, en toda la santidad de mi monte. — Calló Marcelo un poco luego que dijo esto, y luego tornó á decir: «Bastará, si os parece, para lo que toca al nombre de Rey lo que habemos agora dicho, dado que mucho mas se pudiera decir; mas es bien que repartamos el tiempo con lo que resta.» Y tornó á callar. Y descausando, y como recogiendo todo en sí mismo por un espacio pequeño, alzó despues los ojos al cielo, que ya estaba sembrado de estrellas, y teniéndolos en ellas como enclavados, comenzó á decir así:

§. III.

Explicase qué cosa es paz, cómo Cristo es su autor, y por tanto llamado Príncipe de paz.

«Cuando la razon no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender cuán amable cosa sea la paz, esta vista hermosa del cielo que se nos descubre agora, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores que lueen en él, nos dan dello suficiente testimonio. Porque ¿qué otra cosa es, sino paz, ó ciertamente una imagen perfecta de paz, esto que agora vemos en el cielo y que con tanto deleite se nos viene á los ojos? Que si la paz es, como san Agustín breve y verdaderamente concluye, una orden sosegada ó un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden, eso mismo es lo que nos descubre agora esta imagen. Adonde el ejército de las estrellas; puesto como en ordenanza y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una dellas inviolablemente guarda su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina ni la turba en su oficio, ni menos, olvidada del suyo, rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia, antes como hermanadas todas y como mirándose entre sí, y comunicando sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas á otras, y todas juntas templan á veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de partes y aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera.

»Y si así se puede decir, no solo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregon y un loor que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica cuán excelentes bienes son los que la paz en sí contiene y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregon sin ruido se lanza en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace, se ve y entiende bien la eficacia suya y lo mucho que las persuade. Porque luego, como convencidas de cuánto les es útil y hermosa la paz, se comienzan ellas á pacificar en sí mismas y á poner á cada una de sus partes en orden. Porque si estamos atentos á lo secreto que en nosotros pasa, verémos que este concierto y orden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego, y verémos que con solo tener los ojos enclavados en él con atencion, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros y las afecciones turbadas que confusamente movian ruido en nuestros pechos de dia, se van quietando poco á poco, y como adormeciéndose, se reposan, tomando cada una su asiento, y reduciéndose á su lugar propio, se ponen sin sentir en sujecion y concierto. Y verémos que, así como ellas se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razon, se levanta y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y como en una cierta manera se recuerda de su primer origen, y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte, y huella sobre ello. Y así, puesta ella en su trono como emperatriz, y reducidas á sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacífico.

»Mas ¿qué digo de nosotros que tenemos razon? Esto insensible y aquesto rudo del mundo, los elementos y la tierra y el aire y los brutos se ponen todos en orden y se quietan luego que poniéndose el sol, se les representa aqueste ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen agora todas las cosas, y cómo parece que mirándose en este espejo bellísimo, se componen todas ellas y hacen paz entre sí, vueltas á sus lugares y oficios, y contentas con ellos? Es sin duda el bien de todas las cosas universalmente la paz; y así, donde quiera que la ven la aman. Y no solo ella, mas la vista de su imagen de ella las enamora y las enciende en codicia de asemejarsele, porque todo se inclina fá-

(a) Esai., 65, v. 16.

eil y dulcemente á su bien. Y aun si confesamos, como es justo confesar, la verdad, no solamente la paz es amada generalmente de todos, mas sola ella es amada y seguida y procurada por todos. Porque cuanto se obra en esta vida por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz, y este es el blanco adonde enderezan su intento y el bien á que aspiran todas las cosas. Porque si navega el mercader y si corre las mares, es por tener paz con su codicia, que le solicita y guerra. Y el labrador en el sudor de su cara y rompiendo la tierra busca paz, alejando de sí cuanto puede al enemigo duro de la pobreza. Y por la misma manera, el que sigue el deleite y el que anhela la honra y el que brama por la venganza, y finalmente, todos y todas las cosas buscan la paz en cada una de sus pretensiones. Porque, ó siguen algun bien que les falta, ó huyen algun mal que los enoja.

»Y porque así el bien que se busca como el mal que se padece ó se teme, el uno con su deseo y el otro con su miedo y dolor, turban el sosiego del alma y son como enemigos suyos, que le hacen guerra, coligese manifestamente que es huir la guerra y buscar la paz todo cuanto se hace. Y si la paz es tan grande y tan único bien, ¿quién podrá ser príncipe della, esto es, causador della y principal fuente suya, sino ese mismo que nos es el principio y el autor de todos los bienes, Jesucristo, Señor y Dios nuestro? Porque si la paz es carecer de mal que aflige y de deseo que atormenta, y gozar de reposado sosiego, solo él hace exentas las almas del temer, y las enriquece por tal manera, que no les queda cosa que poder desear. Mas para que esto se entienda, será bien que digamos por su orden qué cosa es paz y las diferentes maneras que della hay, y si Cristo es príncipe y autor della en nosotros, segun todas sus partes y maneras, y de la forma en que, cómo es su autor y su príncipe.»

«Lo primero desto que proponeis, dijo entonces Sabino, pareceme, Marcelo, que está ya declarado por vos en lo que habeis dicho hasta agora, adonde lo probastes con la autoridad y testimonio de san Agustin.» «Es verdad que dije, respondió luego Marcelo, que la paz, segun dice san Agustin, es no otra cosa sino una orden sosegada ó un sosiego ordenado. Y aunque no pienso agora determinarla por otra manera, porque esta de san Agustin me contenta, todavía quiero insistir algo acerca de esto mismo que san Agustin dice, para dejarlo mas enteramente entendido. Porque, como veis, Sabino, segun esta sentencia, dos cosas diferentes son las de que se hace la paz, conviene á saber, sosiego y orden. Y hácese della así, que no será paz si alguna dellas, cualquiera que sea, le faltare. Porque lo primero, la paz pide orden, ó por mejor decir, no es ella otra cosa sino que cada una cosa guarde y conserve su orden. Que lo alto esté en su lugar, y lo bajo, por la misma manera, que obedezca lo que ha de servir, y lo que es de suyo señor que sea servido y obedecido; que haga cada uno su oficio, y que responda á los otros con el respeto que á cada uno se debe. Pide lo segundo, sosiego la paz. Porque, aunque muchas personas en la república, ó muchas partes en el alma y en el cuerpo del hombre conserven entre sí su debido orden, y se mantengan cada

una en su puesto, pero si las mismas están como bullicio para desconcertarse, y como forcejeando entre sí para salir de su orden, aun antes que consigan su intento y se desordenen, aquel mismo bullicio suyo y aquel movimiento destierra la paz dellas, y el moverse ó el caminar á la desorden, ó siquiera el no tener en la orden estable firmeza, es sin duda una especie de guerra.

»Por manera que la orden sola sin el reposo no hace paz, ni al revés, el reposo y sosiego, si le falta la orden. Porque una desorden sosegada, si puede haber sosiego en la desorden, pero si le hay, como de hecho le parece haber en aquellos en quien la grandeza de la maldad, confirmada con la larga costumbre, amortiguando el sentido del bien, hace asiento. Así que, el reposo en la desorden y mal no es sosiego de paz, sino confirmacion de guerra, y es, como en las enfermedades confirmadas del cuerpo, pelea y contienda y agonia incurable. Es pues la paz sosiego y concierto. Y porque así el sosiego como el concierto dicen respeto á otro tercero, por eso propiamente la paz tiene por sugeto á la muchedumbre porque en lo que es uno, y del todo sencillo, sino es refiriéndolo á otro, y por respeto de aquello á quien se refiere, no se asienta propiamente la paz. Pues cuanto á este propósito pertenece, podemos comparar el hombre, y referirlo á tres cosas: lo primero á Dios, lo segundo á este mismo hombre, considerando las partes diferentes que tiene, y comparándolas entre sí, y lo tercero á los demás hombres y gentes con quien vive y conversa. Y segun estas tres comparaciones, entendemos luego que puede haber paz en él por tres diferentes maneras. Una si estuviere bien concertado con Dios, otra si él dentro de sí mismo viviere en concierto, y la tercera si no se atravesare ni encontrare con otros.

»La primera consiste en que el alma esté sujeta á Dios y rendida á su voluntad, obedeciendo enteramente sus leyes, y en que Dios, como en sugeto dispuesto, mirándola amorosa y dulcemente, influya el favor de sus bienes y dones. La segunda está en que la razon mande, y el sentido y los movimientos del obedezcan á sus mandamientos, y no solo en que obedezcan, sino en que obedezcan con presteza y con gusto, de manera que no haya alboroto entre ellos ninguno ni rebeldía, ni procure ninguno porque la haya; sino que gusten así todos delestar á una, y les sea así agradable la conformidad, que ni traten de salir della, ni por ello forcejen. La tercera es dar su derecho á todos cada uno, y recibir cada uno de todos aquello que se le debe sin pleito ni contienda. Cada una destas paces es para el hombre de grandísima utilidad y provecho, y de todas juntas se compone y fabrica toda su felicidad y bienandanza. La utilidad de la postrera manera de paz, que nos junta estrechamente, y nos tiene en sosiego á los hombres unos con otros, cada dia hacemos experiencia della, y los llorosos males que nacen de las contiendas y de las diferencias y de las guerras nos la hacen mas conocer y sentir.

»El bien de la segunda, que es vivir concertada y pacíficamente consigo mismo, sin que el miedo nos estremezca ni la afición nos inflame, ni nos saque de

nuestros quicios la alegría vana ni la tristeza, ni menos el dolor nos envilezca y encoja, no es bien tan conocido por la experiencia, porque, por nuestra miseria grande, son muy raros los que hacen experiencia del; mas convéncese por razon y por autoridad claramente. Porque ¿qué vida puede ser la de aquel en quien sus apetitos y pasiones, no guardando ley ni buena orden alguna, se mueven conforme á su antojo? ¿La de aquel que por momentos se muda con aficiones contrarias, y no solo se muda, sino muchas veces apetece y desea juntamente lo que en ninguna manera se compadece estar junto? ¿ya alegre, ya triste, ya confiado, ya temeroso, ya vil, ya soberbio? O ¿qué vida será la de aquel en cuyo ánimo hace presa todo aquello que se le pone delante? ¿del que todo lo que se le ofrece al sentido desea? del que se trabaja por alcanzarlo todo, y del que revienta con rabia y coraje porque no lo alcanza? del que lo alcanza hoy, lo aborrece mañana, sin tener perseverancia en ninguna cosa mas de ser inconstante? ¿Qué bien puede ser bien entre tanta desigualdad? O ¿cómo será posible que un gusto tan turbado halle sabor en ninguna prosperidad ni deleite? O por mejor decir, ¿cómo no turbará y volverá de su cualidad malo y desabrido á todo aquello que en él se infundiere? No dice esto mal, Sabino, vuestro poeta (a):

A quien teme ó desea sin mesura,
Su casa y su riqueza así le agrada
Como á la vista enferma la pintura,
Como á la gota el ser muy fomentada,
O como la vihuela en el oído
Que la podre atormenta amontonada.
Si el vaso no está limpio, corrompido,
Acceda todo aquello que infundiere.

»Y mejor mucho y mas brevemente el Profeta, diciendo (b): — El malo como mar que hierve, que no tiene sosiego. — Porque no hay mar brava en quien los vientos mas furiosamente ejecuten su ira, que iguale á la tempestad y á la tormenta, que yendo unas olas y viniendo otras, mueven en el corazon desordenado del hombre sus apetitos y sus pasiones. Las cuales á las veces le escurecen el dia, y le hacen temerosa la noche, y le roban el sueño, y la cama se la vuelven dura, y la mesa se la hacen trabajosa y amarga, y finalmente, no le dejan una hora de vida dulce y apacible de veras. Y así, concluye diciendo: — Dice el Señor: No cabe en los malos paz. — Y si es tan dañosa aquesta desorden, el carecer della, y la paz que la contradice y que pone orden en todo el hombre, sin duda es gran bien. Y por semejante manera se conoce cuán dulce cosa es y cuán importante es el andar á buenas con Dios y el conservar su amistad, que es la tercera manera de paz que decíamos, y la primera de todas tres. Porque de los efectos que hace su ira en aquellos contra quien mueve guerra, vemos por vista de ojos cuán provechosa é importante es su paz.

Jeremias, en nombre de Jerusalem, encaroce con lloro el estrago que hizo en ella el enojo de Dios, y las miserias á que vino por haber traido guerra con él (c): — Quebrantó, dice, con ira y braveza toda la fortaleza

(a) Horat., lib. 1, epist. 2. (b) Esai., 57, v. 20.
(c) Tren., 2, v. 3.

de Israel, hizo volver atrás su mano derecha delante del enemigo, y encendió en Jacob como una llama de fuego abrasante en derredor. Flechó su arco como contrario, refirmó su derecha como enemigo, y puso á cuchillo todo lo hermoso y todo lo que era de ver en la morada de la hija de Sion; derramó como fuego su gran coraje. Volvióse Dios enemigo, despeñó á Israel, asoló sus muros, deshizo sus reparos, colmó á la hija de Judá de bajeza y miseria. — Y va por aquesta manera prosiguiendo muy largamente. Mas en el libro de Job se ve como dibujado el miserable mal que pone Dios en el corazon de aquellos contra quien se muestra enojado (d): — Sonido, dice, de espanto siempre en sus orejas, y cuando tiene paz, se récela de alguna celada; no cree poder salir de tinieblas, y mira en derredor, recatándose por todas partes de la espada, atemorizale la tribulación y cércale á la redonda la angustia. — Y sobre todos refiriendo Job sus dolores, pinta singularmente en sí mismo el estrago que hace Dios en los que se enoja. Y decirlo he en la manera que nuestro comun amigo en verso castellano lo dijo. Dice pues:

Veo que Dios los pasos me ha tomado,
Cortándome la senda, y con oscura
Tiniebla mis caminos ha cerrado.
Quitó de mi cabeza la hermosura
Del rico resplandor con que iba al cielo;
Desnudo me dejó con mano dura.
Cortóme en derredor, y vine al suelo
Cual árbol derrocado, mi esperanza
El viento la llevó con presto vuelo.
Mostró de su furor la gran pujanza,
Airado, y triste yo, como si fuera
Contrario, así de sí me aparta y lanza.
Corrió como en tropel su escuadra fiera,
Y vino y puso cerco á mi morada,
Y abrió por medio della gran carrera.

»Y si del tener por contrario á Dios, y del andar en bandos con él nacen estos daños, bien se entiende que carecerá dellos el que se conservare en su paz y amistad; y no solo carecerá destos daños, mas gozará de señalados provechos. Porque como Dios enojado y enemigo es terrible, así amigo y pacífico es liberal y dulcísimo. Como se ve en lo que Isaías en su persona del dice que hará con la congregacion santa de sus amigos y justos (e): — Alegráos con Jerusalem, dice, y regocijáos con ella todos los que la quereis bien; gozáos, gozáos mucho con ella todos los que la lloráades, para que á los pechos de su contento puestos, los gustéis y os harteis, para que los exprimais, y tengais sobra de los deleites de su perfecta gloria. Porque el Señor dice así: Yo derribaré sobre ella como un río de paz, y como una avenida creciente la gloria de las gentes, de que gozaréis; traeros han á los pechos, y sobre las rodillas puestos, os harán regalos; como si una madre acariciase á su hijo, así yo os consolaré á vosotros; con Jerusalem seréis consolados. — Así que, cada una destas tres paces es de mucha importancia. Las cuales, aunque parecen diferentes, tienen entre sí cierta conformidad y orden, y nacen de la una dellas las otras por aquesta manera. Porque del estar unido concertado y bien compuesto dentro de sí, y del tener paz consigo mismo, no habiendo en él cosa rebelde que á la razon

(d) Job., 15, v. 21. (e) Esai., ult., v. 10.

contradiga, nace como de fuente; lo primero el estar en concordia con Dios, y lo segundo el conservarse en amistad con los hombres.

»Y digamos de cada una cosa por sí. Porque, cuanto á lo primero, cosa manifiesta es que Dios, cuando se nos pacifica y de enemigo se amista, y se desenoja y ablanda, no se muda él, ni tiene otro parecer ó querer de aquel que tuvo dende toda la eternidad sin principio, por el cual perpétuamente aborrece lo malo y ama lo bueno y se agrada dello; sino el mudarnos nosotros, usando bien de sus gracias y dones, y el poner en orden á nuestras almas, quitando lo torcido dellas y lo contumaz y rebelde, y pacificando su reino y ajustándolas con la ley de Dios; y por este camino, el quitarnos del cuento y de la lista de los perdidos y torcidos que Dios aborrece, y traspasarnos al bando de los buenos que Dios ama, y ser del número dellos, eso quita á Dios de enojo y nos torna en su buena gracia. No porque se mude ni altere él, ni porque comience á amar agora otra cosa diferente de lo que amó siempre; sino porque, mudándonos nosotros, venimos á figurarnos en aquella manera y forma que á Dios siempre fué agradable y amable. Y así él, cuando nos convida á su amistad por el Profeta, no nos dice que se mudará él, sino pidenos que nos convirtamos á él nosotros, mudando nuestras costumbres. — Convertíos á mí, dice (a), y yo me convertiré á vosotros. — Como diciendo: Volvéos vosotros á mí; que haciendo vosotros esto, por el mismo caso yo estoy vuelto á vosotros, y os miro con los ojos y con las entrañas de amor con que siempre estoy mirando á los que debidamente me miran. Que, como dice David en el salmo (b): — Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos en sus ruegos dellos. —

»Así que, él mira siempre á lo bueno con vista de aprobacion y de amor. Porque, como sabéis, Dios y lo que es amado de Dios siempre se están mirando entre sí, y como si dijésemos: Dios en el que ama, y el que ama á Dios, en ese mismo Dios tiene siempre enclavados los ojos. Dios mira por él con particular providencia, y él mira á Dios para agradarle con solicitud y cuidado. De lo primero dice David en el salmo (c): — Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos á sus ruegos dellos. — De lo segundo dicen ellos tambien (d): — Como los ojos de los siervos miran con atención á las manos y á los semblantes de sus señores, así nuestros ojos los tenemos fijados en Dios. — Y en los *Cantares* pide el Esposo al ánima justa (e) que le muestre la cara, porque ese es oficio del justo. Y á muchos justos, en las sagradas letras en particular, para decirles Dios que sean justos y que perseveren y se adelanten en la virtud, les dice así y les pide que no se escondan dél, sino que anden en su presencia y que le traigan siempre delante. Pues cuando dos cosas en esta manera juntamente se miran, si es así que la una dellas es inmutable, y si con esto acontece que se dejen de mirar algun tiempo, eso de necesidad avendrá, porque la otra que se podia torcer, usando de su poder, volvió á otra parte la cara, y si tornaren á mirarse despues, será la causa porque aquella misma que se torció y escondió,

(a) Ezech., 36, v. 9. (b) Psalm. 53, v. 16. (c) Ibidem.
(d) Psalm. 122, v. 2. (e) Cantic., 2, v. 14.

volvió otra vez su rostro hacia la primera, mudándose. Y de aquesta misma manera, estándose Dios firme é inmutable en sí mismo, y no habiendo mas alteracion en su querer y entender que la hay en su vida y en su ser, porque en él todo es una misma cosa, el ser y el querer; nuestra mudanza miserable y las veces de nuestro albedrio, que como vientos diversos juegan con nosotros, y nos vuelven al mal por momentos, nos llevan á la gracia de Dios ayudados della, y nos sacan della con su propia fuerza mil veces. Y mudándome yo, hago que parezca Dios mudarse conmigo, no mudándose él nunca. Así que, por el mismo caso que lo torcido de mi alma se destuerce, y lo alborotado della se pone en paz y se vuelve, vencidas las nieblas y la tempestad del pecado á la pureza y á lo sereno de la luz verdadera, Dios luego se desenoja con ella. Y de la paz della consigo misma criada en ella por Dios, nace la paz segunda, que, como dijimos, consiste en que Dios y ella, puestos aparte los enojos, se amen y quieran bien. Y de la misma manera, el tener uno paz consigo es principio certísimo para tenerla con todos los otros.

Porque sabida cosa es que lo que nos diferencia y lo que nos pone en contienda y en guerra á unos con otros son nuestros deseos desordenados, y que la fuente de la discordia y rencilla siempre es y fué la mala codicia de nuestro vicioso apetito. Porque todas las diferencias y enojos que los hombres entre sí tienen siempre se fundan sobre la pretension de alguno destes bienes que llaman bienes los hombres, como son, ó el interés ó la honra ó el pasatiempo y deleite, que, como son bienes limitados y que tienen su cierta tasa, habiendo muchos que los pretendan sin orden, no bastan á todos, ó vienen á ser para cada uno menores; y así, embarazan y se estorban los unos á los otros aquellos que sin rienda los aman. Y del estorbo nace el disgusto y el enojo, y al enojo se le siguen los pleitos y las diferencias, y finalmente las enemistades capitales y las guerras. Como lo dice Santiago, casi por estas mismas palabras (f): — ¿De dónde hay en vosotros pleitos y guerras, sino por causa de vuestros deseos malos? — Y al revés, el hombre de ánimo bien compuesto y que conserva paz y buena orden consigo, tiene atajadas y como cortadas casi todas las ocasiones, y cuanto es de su parte, sin duda todas las que le pueden encontrar con los hombres. Que si los otros se desentrañan por estos bienes, y si á rienda suelta y como desalentados siguen en pos del deleite, y se desvelan por las riquezas y se trabajan y fatigan por subir á mayor grado y á mayor dignidad, adelantándose á todos este que digo, no se les pone delante para hacerles dificultad ó para cerrarles el paso, antes haciéndose á su parte, y rico y contento con los bienes que posee en su ánima, les deja á los demás campo ancho, y cuanto es de su parte bien desembarazado, adonde á su contento se espacien. Y nadie aborrece al que en ninguna cosa le daña. Y el que no ama lo que los otros aman, y ni quiere ni pretende quitar de las manos y de las uñas á ninguno su bien, no daña á ninguno.

Así que, como la piedra que en el edificio está asentada en su debido lugar, ó por decir cosa mas propia,

(f) Jacobi, 4, v. 1.

como la cuerda en la música, debidamente templada en sí misma, hace música dulce con todas las demás cuerdas, sin disonar con ninguna; así el ánimo bien concertado dentro de sí, y que vive sin alboroto, y tiene siempre en la mano la rienda de sus pasiones y de todo lo que en él puede mover inquietud y bullicio, constena con Dios y dice bien con los hombres, y teniendo paz consigo mismo, la tiene con los demás; y como dijimos, aquestas tres paces andan eslabonadas entre sí mismas, y de la una dellas nacen, como de fuente, las otras, y esta de quien nacen las demás es aquella que tiene su asiento en nosotros. De la cual san Agustin dice bien en esta manera (a): — Vienen á ser pacíficos en sí mismos los que, poniendo primero en concierto todos los movimientos de su ánima, y sujetándolos á la razon, esto es, á lo principal del alma y espíritu, y teniendo bien domados los deseos carnales, son hechos reino de Dios, en el cual todo está ordenado; así que, mande en el hombre lo que en él es mas excelente, y lo demás en que convenimos con los animales brutos no le contradiga; y eso mismo excelente, que es la razon, esté sujeta á lo que es mayor que ella, esto es, á la verdad misma, y al Hijo unigenito de Dios, que es la misma verdad. Porque no le será posible á la razon tener sujeto lo que es inferior, si ella á lo que superior le es no sujetare á sí misma. — Y esta es la paz que se concede en el suelo á los hombres de buena voluntad, y la en que consiste la vida del sábio perfecto.

»Mas dejando esto aquí, averigüemos agora y veamos, que ya el tiempo lo pide, qué hizo Cristo para poner el reino de nuestras almas en paz, y por dónde es llamado príncipe della. Que decir que es príncipe de aquesta obra, es decir, no solo que él la hace, mas que es solo él el que la puede hacer, y que es el que se aventaja entre todos aquellos que han pretendido el hacer este bien; lo cual ciertamente han pretendido muchos, pero no les ha sucedido á ninguno. Y así, habemos de asentar por muy ciertas dos cosas, una que la religion, ó la policía, ó la doctrina, ó maestría que no engendra en nuestras ánimas paz y composicion de afectos y de costumbres, no es Cristo ni religion suya por ninguna manera; porque, como sigue la luz al sol, así este beneficio acompaña á Cristo siempre, y es infalible señal de su virtud y eficacia. La otra cosa es, que ninguno jamás, aunque lo pretendieron muchos, pudo dar aqueste bien á los hombres sino Cristo y su ley. Por manera que no solamente es obra suya esta paz, mas obra que él solo la supo hacer, que es la causa por donde es llamado su príncipe. Porque unos atendiendo á nuestro poco saber, é imaginando que el desorden de nuestra vida nacia solamente de la ignorancia, parecióles que el remedio era desterrar de nuestro entendimiento las tinieblas del error, y así pusieron su cuidado y diligencia en solamente dar luz al hombre con leyes, y en ponerle penas que le indujesen con su temor á aquello que le mandaban las leyes. Desto, como agora decíamos, trató la ley vieja, y muchos otros hombres que ordenaron leyes atendieron á esto, y mucha parte de los antiguos filósofos escribieron grandes libros acerca deste propósito.

(a) De serm. Domini in monte.

»Otros, considerando la fuerza que en nosotros tiene la carne y la sangre, y la violencia grande de sus movimientos, persuadiéronse que de la compostura y complexion del cuerpo manaban como de fuente la destemplanza y turbaciones del ánima, y que se podia atajar este mal con solo cortar esta fuente. Y porque el cuerpo se ceba y se sustenta con lo que se come, tuvieron por cierto que con poner en ello orden y tasa se reduciria á buena orden el alma, y se conservaria siempre en paz y salud. Y así, vedaron unos manjares, los que les pareció que comidos con su vicioso jugo acrecentarian las fuerzas desordenadas y los malos movimientos del cuerpo, y de otros señalaron cuándo y cuánto dellos se podia comer, y ordenaron ciertos ayunos y ciertos lavatorios, con otros semejantes ejercicios, enderezados todos á adelgazar el cuerpo, eriendo en él una santa y limpia templanza. Tales fueron los filósofos indios, y muchos sábios de los bárbaros siguieron por este camino, y en las leyes de Moisen algunas dellas se ordenaron para esto tambien; mas ni los unos ni los otros salieron con su pretension; porque, puesto caso que estas cosas sobredichas todas ellas son útiles para conseguir este fin de paz que decimos, y algunas dellas muy necesarias, mas ninguna dellas, ni juntas todas, no son bastantes ni poderosas para criar en el alma esta paz enteramente, ni para desterrar della, ó á lo menos para poner en concierto en ella, aquestas olas de pasiones y movimientos furiosos que la alteran y turban. Porque habeis de entender que en el hombre, en quien hay alma y hay cuerpo, y en cuya alma hay voluntad y razon, por el grande estrago que hizo en él el pecado primero, todas estas tres cosas quedaron miserablemente dañadas. La razon con ignorancias, el cuerpo y la carne con sus malos siniestros, dejados sin rienda, y la voluntad, que es la que mueve en el reino del hombre, sin gusto para el bien y golosa para el mal, y perdidamente inclinada, y como despojada del aliento del cielo, y como revestida de aquel malo y ponzoñoso espíritu de la serpiente, de quien esta mañana tantas veces y tan largamente decíamos.

»Y con esto, que es cierto, habeis tambien de entender que destes tres males y daños, el de la voluntad es como la raíz y el principio de todos. Porque, como en el primer hombre se ve que fué el autor destes males, y el primero en quien ellos hicieron prueba y experiencia de sí mismos, el daño de la voluntad fué el primero, y de allí se extendió, cundiendo la pestilencia á el entendimiento y al cuerpo. Porque Adán no pecó porque primero se desordenase el sentido en él ni porque la carne con su ardor violento llevase en pos de sí la razon, ni pecó por haberse cegado primero su entendimiento con algun grave error; que, como dice san Pablo (b), en aquel artículo no fué engañado el varon; sino pecó porque quiso lisamente pecar; esto es, porque abriendo de buena gana las puertas de su voluntad, recibió en ella al espíritu del demonio, y dándole á él asiento, la sacó á ella de la obediencia de Dios y de su santa orden y de la luz y favor de su gracia. Y hecho una por una este daño, luego dél le nació en el

(b) 1. Timot., 2, v. 14.

cuerpo desorden y en la razon ceguedad. Así que la fuente de la desventura y guerra comun es la voluntad dañada y como emponzoñada con esta maldad primera.

»Y porque los que pusieron leyes para alumbrar nuestro error mejoraban la razon solamente, y los que ordenaron la dieta corporal, vedando y concediendo manjares, templaban solamente lo dañado del cuerpo; y la fuente del desconcierto del hombre y de aquestas desórdenes todas no tenia asiento ni en la razon ni en el cuerpo, sino, como habemos dicho, en la voluntad maltratada; como no atajaban la fuente ni atinaban ni podian atinar á poner medicina en aquesta podrida raíz, por eso careció su trabajo del fruto que pretendian. Solo aquello consiguió, que supo conocer esta origen, y conocida, tuvo saber y virtud para poner en ella su medicina propia, que fué Jesucristo, nuestra verdadera salud. Porque lo que remedia este mal espíritu y aqueste perverso brio, con que se corrompió en su primero principio la voluntad, es un otro Espíritu Santo y del cielo, y lo que sana esta enfermedad y malhacia della, es el don de la gracia, que es salud y verdad. Y esta gracia y aqueste espíritu solo Cristo pudo merecerlo y solo Cristo lo da; porque, como decíamos acerca del nombre pasado, y es bien que se torne á decir para que se entienda mejor, porque es punto de grande importancia, no se puede falsear ni contrastar lo que dice san Juan (a): — Moises hizo la ley, mas la gracia es obra de Cristo. —

»Como si en mas palabras dijera: Esto, que es hacer leyes y dar luz con mandamientos al entendimiento del hombre, Moises lo hizo, y muchos otros legisladores y sábios lo intentaron á hacer, y en parte lo hicieron; y aunque Cristo tambien en esta parte sobró á todos ellos con mas ciertas y mas puras leyes que hizo, pero lo que puede enteramente sanar al hombre, y lo que es sola y propia obra de Cristo, no es eso; que muy bien se compadecen entendimiento claro y voluntad perversa, razon desengañada y mal inclinada voluntad, mas es sola la gracia y el espíritu bueno, en el cual ni Moises ni ningun otro sábio ni criatura del mundo tuvo poder para darlo, sino es solo Cristo Jesus. Lo cual es en tanta manera verdad, no solo que Cristo es el que nos da esta medicina eficaz de la gracia, sino que sola ella es la que nos puede sanar enteramente, y que los demás medios de luz y ejercicios de vida jamás nos sanaron, que muchas veces aconteció que la luz que alumbraba el entendimiento, y las leyes que le eran como antorcha para descubrirle el camino justo, no solo no remediaron el mal de los hombres, mas antes por la disposicion dellos mala les acarrearón daño y enfermedad notablemente mayor. Y lo que era bueno en sí, por la cualidad del sugeto enfermo y mal sano, se les convertia en ponzoña que los dañaba mas, como lo escribe expresamente san Pablo (b) en una parte, diciendo que la ley le quitó la vida del todo; y en otra, que por ocasion de la ley se acrecentó y salió el pecado como de madre; y en otra, dando la razon desto mismo, porque dice: — El pecado que se comete habiendo ley es pecado en manera superlativa; — esto es, por-

(a) Joan., 1, v. 57. (b) Rom., 5, v. 20.

que se peca cuando así se peca mas gravemente, y viene así á llegar á sus mayores quilates la malicia del mal.

»Porque á la verdad, como muestra bien Platon en el segundo Alcibiades, á los que tienen dañada la voluntad, ó no bien aficionada acerca del fin último y acerca de aquello que es lo mejor, la ignorancia les es útil las mas de las veces, y el saber peligroso y dañoso, porque no les sirve de freno para que no se arrojen al mal, porque sobrepuja sobre todo el desenfrenamiento, y como si dijésemos el desbocamiento de su voluntad estragada; sino antes les es ocasion, unas veces para que pequen mas sin disculpa, y otras para que de hecho pequen los que sin aquella luz no pecaran. Porque, por su grande maldad, que la tienen ya como embibida en las venas, usan de la luz, no para encaminar á sus pasos bien, sino para hallar medios é ingenios para atraer á ejecución sus perversos deseos mas fácilmente; y aprovechanse de la luz y del ingenio, no para lo que elló es, para guia del bien, sino para adalid ó para ingeniero del mal; y por ser mas agudos y mas sábios, vienen á corromperse mas y á hacerse peores. De lo cual todo resulta que sin la gracia no hay paz ni salud, y que la gracia es obra nacida del merecimiento de Cristo.

»Mas porque esto es claro y certísimo, veamos agora qué cosa es gracia ó qué fuerza es la suya, y en qué manera, sanando la voluntad, cria paz en todo el hombre interior y exterior. Y diciendo esto Marcelo, puso los ojos en el agua, que iba sosegada y pura, y relucian en ella como en espejo todas las estrellas y hermosura del cielo, y parecia como otro cielo sembrado de hermosos luceros; y alargando la mano hácia ella, y como mostrándola, dijo luego así: «Aquesto mismo que agora aquí vemos en esta agua, que parece como un otro cielo estrellado, en parte nos sirve de ejemplo para conocer la condicion de la gracia. Porque, así como la imagen del cielo recibida en el agua, que es cuerpo dispuesto para ser como espejo, al parecer de nuestra vista la hace semejante á sí mismo; así, como sabeis, la gracia venida al alma y asentada en ella, no al parecer de los ojos, sino en el hecho de la verdad, la asemeja á Dios y le da sus condiciones del, y la transforma en el cielo cuanto le es posible á una criatura que no pierde su propia sustancia ser transformada. Porque es una cualidad, aunque criada, no de la cualidad ni del metal de ninguna de las criaturas que vemos, ni tal cuales son todas las que la fuerza de la naturaleza produce, que ni es aire ni fuego ni nacida de ningun elemento, y la materia del cielo y los cielos mismos los reconocen ventaja en orden de nacimiento y en grado mas subido de origen. Porque todo aquello es natural y nacido por ley natural; mas esta es sobre todo lo que la naturaleza puede y produce. En aquella manera nacen las cosas con lo que les es natural y propio y como debido á su estado y á su condicion; mas lo que la gracia da, por ninguna manera puede ser natural á ninguna sustancia criada, porque, como digo, traspasa sobre todas ellas, y es como un retrato de lo mas propio de Dios, y cosa que le retrae y remedia mucho, lo cual no puede ser natural sino á Dios.

»De arte que la gracia es una como deidad, y una como figura viva del mismo Cristo, que puesta en el alma, se lanza en ella y la deifica, y si va á decir verdad, es el alma del alma. Porque, así como mi alma, abrazada á mi cuerpo y extendiéndose por todo él, siendo caedizo y de tierra, y de suyo cosa pesadísima y torpe, le levanta en pié y le menea, y le da aliento y espíritu, y así le enciende en calor, que le hace como una llama de fuego y le da las condiciones del fuego, de manera que la tierra anda, y lo pesado discurre ligero, y lo torpísimo y muerto vive y siente y conoce; así en el alma, que por ser criatura tiene condiciones viles y bajas, y que por ser el cuerpo adonde vive de linaje dañado, está ella aun mas dañada y perdida, entrando la gracia en ella y ganando la llave della, que es la voluntad, y lanzándosele en su seno secreto, y como si dijésemos penetrándola toda, y de allí extendiendo su vigor y virtud por todas las demás fuerzas del ánimo, la levanta de la afición de la tierra, y convirtiéndola al cielo y á los espíritus que se gozan en él, le da su estilo y su vivienda, y aquel sentimiento y valor y alteza generosa de lo celestial y divino; y en una palabra, la asemeja mucho á Dios en aquellas cosas que le son á él mas propias y mas suyas, y de criatura que es suya, la hace hija suya muy semejante; y finalmente, la hace un otro Dios, así adoptado por Dios, que parece nacido y engendrado de Dios.

»Y porque, como dijimos, entrando la gracia en el alma y asentándose en ella, adonde primero prende es la voluntad, y porque en Dios la voluntad es la misma ley de todo lo justo, y esto es bien lo que Dios quiere, y solamente quiere aquello que es bueno; por eso, lo primero que en la voluntad la gracia hace, es hacer della una ley eficaz para el bien, no diciéndole lo que es bueno, sino inclinándola y como enamorándola dello. Porque, como ya habemos dicho, se debe entender que esto que llamamos ó ley ó dar ley puede acontecer en dos diferentes maneras. Una es la ordinaria y usada, que vemos que consiste en decir y señalar á los hombres lo que les conviene hacer ó no hacer, escribiendo con pública autoridad mandamientos y ordenaciones dello, y pregonándolas públicamente. Otra es que consiste, no tanto en aviso como en inclinacion, que se hace no diciendo ni mandando lo bueno, sino imprimiendo deseo y gusto dello. Porque el tener una inclinacion y prontitud para alguna otra cosa que le conviene, es ley suya de aquel que está en aquella manera inclinado, y así la llama la filosofia; porque es lo que le gobierna la vida, y lo que induce á lo que le es conveniente, y lo que le endereza por el camino de su provecho, que todas son obras propias de ley. Así es ley de la tierra la inclinacion que tiene á hacer asiento en el centro, y del fuego el apetecer lo subido y lo alto, y de todas las criaturas sus leyes son aquello mismo á que las lleva su naturaleza propia.

»La primera ley, aunque es buena, pero, como arriba está dicho, es poco eficaz cuando lo que se avisa es ajeno de lo que apetece el que recibe el aviso, como lo es en nosotros por razon de nuestra maldad. Mas la segunda ley es en grande manera eficaz, y esta pone Cristo con la gracia en nuestra alma. Porque por medio della

escribe en la voluntad de cada uno con amor y afición aquello mismo que las leyes primeras escriben en los papeles con tinta; y de los libros de pergamino y de las tablas de piedra ó de bronce, las leyes que estaban esculpidas en ellas con pincel ó buril las traspasa la gracia y las esculpe en la voluntad. Y la ley que por defuera sonaba en los oídos del hombre y le afligia el alma con miedo, la gracia se la encierra dentro del seno, y se la derrama como si dijésemos tan dulcemente por las fuerzas y apetitos del alma, que se la convierte en su único deleite y deseo; y finalmente, hace que la voluntad del hombre, torcida y enemiga de ley, ella misma quede hecha una justísima ley, y como en Dios, así en ella su querer sea lo justo, y lo justo sea todo su deseo y querer, cada uno segun su manera, como maravillosamente lo profetizó Jeremías en el lugar que está dicho. Queda pues concluido que la gracia, como es semejanza de Dios, entrando en nuestra alma y prendiendo luego su fuerza en la voluntad della, la hace por participacion, como de suyo es la de Dios, ley é inclinacion y deseo de todo aquello que es justo y que es bueno. Pues hecho esto, luego por orden secreta y maravillosa se comienza á pacificar el reino del alma y á concertar lo que en ella estaba encontrado, y á ser desterrado de allí todo lo bullicioso y desasosegado que la turbaba, y descúbrese entonces la paz y muestra la luz de su rostro, y sube y crece, y finalmente queda reina y señora.

»Porque, lo primero, en estando aficionada por virtud de la gracia, en la manera que habemos dicho, la voluntad luego calla, y desaparece el temor horrible de la ira de Dios, que le movia cruda guerra, y que poniéndosele á cada momento delante, la traia sobresaltada y atónita. Así lo dice san Pablo (a): — Justificados con la gracia, luego tenemos paz con Dios. — Porque no le miramos ya como á juez airado, sino como á padre amoroso, ni le concebimos ya como á enemigo nuestro poderoso y sangriento, sino como á amigo dulce y blando. Y como por medio de la gracia nuestra voluntad se conforma y se asemeja con él, amamos á lo que se nos parece, y confiamos por el mismo caso que nos ama él como á sus semejantes. Lo segundo, la voluntad y la razon, que estaban hasta aquel punto perdidamente discordes, hacen luego paz entre sí; porque de allí adelante lo que juzga la una parte, eso mismo desea la otra, y lo que la voluntad ama, eso mismo es lo que aprueba el entendimiento. Y así cesa aquella amarga y continua lucha, y aquel alboroto fiero, y aquel continuo reñir con que se despedazan las entrañas del hombre, que tan vivamente san Pablo con sus divinas palabras pintó cuando dice (b): — No hago el bien que juzgo, sino el mal que aborrezco y condeno. Juzgo bien de la ley de Dios, segun el hombre interior, pero veo otra ley en mi mismo apetito, que contradice á la ley de mi espíritu y me lleva cautivo en seguimiento de la ley de pecado, que en mis inclinaciones tiene asiento. Desventurado yo, y ¿quién me podrá librar de la maldad mortal deste cuerpo? —

»Y no solamente convienen en uno de allí adelante la razon y la voluntad, mas con su bien guiado deseo

(a) Rom., 5, v. 24. (b) Ibidem, 7, v. 15.